



**José Luis Lanuza**

△ ▽

△ ▽

## **Magas enamoradas**

Don Miguel de Cervantes creyó que el mejor de sus libros era -no el *Quijote*- sino *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Le faltaba poco para terminarlo y ya anunciaba al conde de Lemos, en la dedicatoria de la segunda parte de *Don Quijote*, como «el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible». El *Persiles* fue un canto del cisne. Acabó el libro y al mismo tiempo la vida de su autor. El maestro José de Valdivieso, al aprobar la publicación del libro póstumo (él fue quien lo llamó canto de cisne), declara: «de cuantos nos dejó escritos, ninguno es más ingenioso, más culto ni más entretenido».

El *Persiles* es el libro de caballerías de Cervantes. Durante mucho tiempo su autor debió recrearse con su invención. Ya en la primera parte de -30- *Don Quijote* el canónigo hace el elogio de esta clase de libros cuyo «género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesia» y que, cuando están bien escritos, permiten que un buen ingenio se muestre en la plenitud de sus recursos. Allí puede dejar correr la pluma -dice el canónigo- «describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas». «Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante si quisiere».

Y Cervantes no perdió la ocasión de mostrarse un poco nigromante en el *Persiles*. Si *Don Quijote* está libre de brujas, aquí las vemos ir y venir por el libro, hacer daño, volar y enamorarse.

Una, al parecer italiana, se lleva por los aires al bailarín Rutilio desde Roma hasta Noruega. De esta bruja no sabemos el nombre. «Estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman hechiceras», pero andaba por la cárcel con toda libertad, con el pretexto de curar a la hija de la alcaldesa, «con hierbas y palabras», de una enfermedad que no le acertaban los médicos. La bruja se mete en la celda del bailarín y le promete la libertad si él -31- consiente en hacerla su mujer. Es el mismo Rutilio quien cuenta la historia:

-«Esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó a mí y me dijo que asiese de la punta de una caña que me puso en la mano, diciéndome la siguiese. Turbéme un tanto. Pero como el interés era tan grande moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas, y los prisioneros y guardias en profundísimo sueño sepultados.

En saliendo a la calle -prosigue el bailarín- tendió en el suelo mi guidera un manto, y mandóme que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones».

Debe notarse la coincidencia entre esta escena y otra de *La casa de los celos*: el mago Malgesí, antes de emprender el vuelo con el paladín Roldán, le formula esta advertencia:

Arrima las espaldas a esa caña,  
los ojos cierra y en Jesús te olvida.

Pero Roldán no puede evitar una piadosa invocación:

Jesús me valga  
aunque jamás con esta empresa salga.

-32-

El bailarín Rutilio, embarcado en el manto volador, también desecha el consejo impío y se encomienda a todos los santos.

Cuatro horas o poco más dura el viaje en alfombra desde Italia hasta Noruega. En seguida de aterrizar, la mujer intenta dar rienda suelta a su pasión. Abraza a Rutilio, quien al querer apartarla la ve convertida en loba. Lleno de miedo, el hombre le clava el puñal en el pecho y la bruja, vuelta a su primitiva figura de mujer, queda tendida en el suelo, muerta y ensangrentada.

¿Con qué viejas historias volvía a reconstruir Cervantes ésta del *Persiles*? Ya en el *Satiricón*, la novela romana del siglo I, atribuida a Petronio, se cuenta la historia de un soldado convertido en lobo que, después de ser herido por un esclavo, recupera su forma humana pero continúa sangrando por la herida. También Meris se convierte en lobo en la égloga VIII de Virgilio.

Cervantes recoge la creencia en los *lobisones*, común a todos los pueblos primitivos.

Un habitante de Noruega, que escucha la historia de Rutilio, le informa que de tales hechiceras «hay mucha abundancia en estas septentrionales partes».

«Cuéntase dellas -explica el noruego- que se -33- convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Cómo esto pueda ser yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo. Pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permisión de Dios y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente».

Leemos aquí una frase que ilumina notablemente ciertas facetas del pensamiento de Cervantes, en el que se superponen y conviven la ilusión y el escepticismo: «como cristiano... no lo creo. Pero la experiencia me muestra lo contrario».

En el libro segundo del *Persiles* otra maga se introduce a deshoras en la habitación de Antonio el mozo.

«Mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada... Mi estirpe es agarena; mis ejercicios los de Zoroastes y en ellos soy única».

Esta granadina, expatriada por temor a la Inquisición, es mujer que representa «hasta cuarenta años de edad, que con el brío y donaire debía de encubrir otros diez». Sin que se lo pregunten enumera -34- sus habilidades: oscurecer el día, hacer «temblar la tierra, pelearse los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes», y los demás consabidos prodigios. Como la Camacha de Montilla (la del *Coloquio de los perros*), ésta pertenece a una dinastía de hechiceras, pues de maestra a discípula van heredando la ciencia y el nombre. En Montilla se hablaba de «las Camachas».

La Cenotia, sin embargo, pone cierto orgullo en no llamarse hechicera, pues pertenece a una categoría más elevada: la de las encantadoras o magas.

«Las que son hechiceras -asegura- nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho; ejecutan sus burlerías con cosas, al parecer, de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza y cabellos cortados en crecientes o menguantes de luna; usan de caracteres que no entienden, y si algo alcanzan, tal vez, de

lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite, para mayor condenación suya, que el demonio las engañe. Pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía; tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de -35- las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo a lo pasivo parece que hacemos milagros y nos atrevemos a hacer cosas tan estupendas, que causan admiración a las gentes...»

A pesar de toda la ciencia estas pobres magas no están libres de enamorarse violentamente.

Todas padecen amores impetuosos. Eso mismo les pasaba a Circe y a Medea en las historias clásicas y a las varias brujas de menor cuantía que trajinan en las páginas de *El asno de oro*, de Apuleyo.

La Cenotia ofrece al asombrado mozo su persona y sus ahorros además de todos los tesoros que ocultan las entrañas de la tierra. Más aún; le promete embellecerse por artes mágicas (o cosméticas): «Si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa»...

El bárbaro galán no acierta a apartar el peligro de manera más suave que disparando un flechazo contra la enamorada. No le acierta. Pero ella maquina su venganza. A poco, el joven empieza a enfermar. Su padre amenaza a la hechicera con una daga en alto:

-«Mira si tienes su vida envuelta en algún envoltorio de agujas sin ojos o de alfileres sin cabezas; -36- mira ¡oh pérfida! si la tienes escondida en algún quicio de puerta o en alguna otra parte que sólo tú sabes».

La Cenotia se atemoriza y «olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que había preparado». Pero poco después insiste en su venganza e intriga con el rey Policarpo para que aprisione al desdeñoso Antonio. Al fin, una revolución popular depone al rey y termina con los encantos de la encantadora colgándola de una horca.

No por eso se agotan las hechicerías de la novela. En el último libro, Hipólita la Ferraresa, cortesana de Roma, se enamora de Periandro y encarga a Julia, la mujer del judío Zabulón, que por medio de hechizos enferme a Auristela, la prometida de Periandro. Pero como éste decae al mismo tiempo que su amada, la cortesana pide que se suspenda el hechizo. Esto, más que con la magia, parece tener relación con el simple envenenamiento. Así lo entiende Cervantes, quien ya había tratado de «estos que llaman hechizos» al justificar la locura del licenciado Vidriera, y, otra vez, en el *Quijote*, en el capítulo de los galeotes, donde por voz del ingenioso hidalgo se ratifica la creencia cervantina de -37- que los hechizos no pueden desviar el libre albedrío ni obligan a nadie a querer contra su voluntad.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

